

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

113 Chile en la hoguera



UN PAR DE CUESTIONES PENDIENTES

Como algunos escépticos péndex de los días que corren sonrían de costado cada vez que uno habla de la CIA (como si la hubiera inventado la militancia de los ‘70), husemo que no les ha caído bien que le haya arribuado a esa poderosa organización (que –y hoy más que nunca– se ha movido por el mundo entero) injerencia en el asesinato de Rucci. Digamos: se trataría de un *lugar común* que debí haber evitado. Como, también, algunos montoneros que se brotan cuando uno trata mal a Firmenich se oponen a que sea considerada la posibilidad de su condición de *doble agente* es que voy a recurrir sin excederme a ciertos textos de Andersen. Conviene aclarar que *Mick Andersen* fue corresponsal de *The Washington Post* y de *Newsweek* entre 1982-1987. Cubrió el Juicio a las Juntas. Es miembro del staff del *Comité de Relaciones Internacionales del Senado Norteamericano*. Bueno, abreviemos: no hay cosa que Mick desconozca sobre los *International Affairs*. Lo que dice, lo dice avalado por los servicios de Inteligencia norteamericanos. Insistamos en un solo punto que tenemos que considerar decisivo: Mick Andersen fue corresponsal especial durante siete años de *The Washington Post*. Nada menos. Ese diario ostenta la medalla del desenmascaramiento en los Estados Unidos. Dos de sus hombres –Bob Woodward y Carl Bernstein– fueron los que desataron el escándalo *Watergate*. Cinco tipos fueron descubiertos poniendo “aparatos de escucha y monitoreo en el Comité Nacional del Partido Demócrata” (Luis Alberto Moniz Bandeira, *La formación del Imperio Americano*, ed. cit., p. 291). *The Washington Post* empujó a Nixon hacía el borde mismo de su precipicio final. La fe en la palabra del diario creció enormemente. La rapidez y confiabilidad de su información. Hay un chiste que escuché en Nueva York –y que se cuenta a veces por aquí, pero mal– que expresa esta situación. Es así: hay un león durmiendo. Viene un oso y, al verlo tan dormido, tan entregado, abusa de él. (Se lo coge, por decirlo claro.) Satisfecho, el oso emprende la huida. Pero el león ha despertado y lo ve escabullirse. Furioso, lo persigue. El oso ha logrado llegar a una cabaña. Entra. Se sienta en un cómodo sillón junto a una chimenea de leños. Enciende una pipa. Se pone unos lentes. Una bata, unas pantuflas y empieza a leer *The Washington Post*. Desbocado, entra el león y mira hacia uno y otro lado. El oso, imperturbable, sigue leyendo y fumando su pipa. El león lo mira. Pregunta: “¿Usted vio a un oso por aquí?”. El oso dice: “¿Qué oso? ¿El que se cogió (*fuek*) a un león?”. Asombrado, el león exclama: “¿No me diga que ya salió en *The Washington Post*?”. Bien, Mick Andersen –que perteneció a este diario entre 1982 y 1987– dice que Firmenich trabajaba con la CIA. De aquí que yo incluyera a esa organización entre los posibles magnificdas de Rucci.

“La confirmación definitiva de su actividad (*la de Firmenich*, JPF) como agente doble (...) proviene del agente del FBI Robert Scherrer, quien vivió casi toda la década de 1970 en Buenos Aires, y a quien el embajador Robert Hill había encomendado la tarea de vigilar la amenaza de la guerrilla (...) Scherrer dijo que Alberto Valín, un coronel que trabajaba para el Batallón 601 de Inteligencia del Ejército de Buenos Aires, le confió que era él quien trataba con Firmenich” (Andersen, *Dossier Secreto: El mito de la guerra sucia*, ed. cit., pp. 146/147). Firmenich, por medio de este contacto, habría logrado que los Montoneros “recibieran el crédito de una serie de espectaculares, pero políticamente costosos, asesinatos que no habían cometido. Uno fue el asesinato de Rucci; otro el de Mor Roig” (Andersen, *ob. cit.*, p. 147). Si fue así, el costo de asumir los asesinatos fue tan alto que superó cuantiosamente la imagen de poder y hasta de espectacularidad que la Orga pretendía atesorar con esas maniobras.

Aclaremos un último punto: todo macartista es un tipo violento. Todo macartista es un proto-fascista o, sin más, un fascista. Alguna vez, Sartre dijo una frase que escandalizó a las buenas conciencias: “Todo anticomunista es un perro”. No la suscribo, pero juro que jamás conocí a un anticomunista que no terminara acercándose al fascismo. Más todavía: hasta diría que todos los antiperonistas pasionales que conocí no terminaron en posiciones democráticas. De muy joven –lo dije– fui discípulo de Víctor Massuh. Por esos años, sus posiciones contra el marxismo, contra Sartre y –sobre todo– contra el peronismo me parecían posiciones discutibles pero que no disminuían la densidad de su pensamiento en otras cuestiones. Aun en esas que tanto lo alteraban. Solía pensar –de todas formas– con riqueza, abriendo caminos a discusiones fértiles. Terminó asumiendo la dirección del departamento de filosofía con el onganitario, fue un ideólogo activo del golpe del ‘76 acudiendo al programa de Neustadt y Grondona y acusando desde ahí el *populismo* del gobierno de Isabel. Y, por último, fue el embajador ante la Unesco del gobierno de los desaparecedores. Arruinó su vida. Volvió a la Argentina y no publicó un solo libro que valiera la pena. Apeló –como le dijo a Patricio Lóyzaga– “al silencio de Heidegger”. Una comparación errada: ni Videla era Hitler ni él era Heidegger. Aunque, sin duda, Videla se acercaba más –mucho más– a Hitler que él a Heidegger. Su antiguo discípulo Santiago Kovadloff intentó rescatarlo, publi-

caron juntos algo sobre Maimónides, pero era imposible: Masuh estaba acabado. (Me gustaría escribir una obra de teatro sobre este tema. Porque a mediados de 1983 le envié a París una carta terrible, acaso despiadada. El contenido de esa carta sería la obra. Los personajes serían ficcionales, pero no dejarían de ser un profesor y su alumno decepcionado e impiadoso.) ¿A dónde voy con esto? A Rucci. Odiaba demasiado a los zurdos. De ningún modo puede representar al movimiento obreiro y macartista. Seguro que había actuado en Ezeiza y no dudo en afirmar que –de haber vivido– habría acompañado a la UOM y a la Triple A en la toma armada de Villa Constitución. El crimen de Rucci –asumido por los montoneros– no sirve para ninguna teoría del empate. La gente de Cecilia Pando lo quiere utilizar para blanquear los crímenes de los militares. ¡Eso es un disparate y una ofensa! ¿Con qué van a blanquear esos crímenes? Además, no hay dos demonios ni puede haberlos. A ver si entienden: para que dos cosas puedan compararse y neutralizarse tienen que pertenecer a un mismo terreno, tienen que estar incluidas en una misma esfera, tienen que compartir un piso ontológico. Tienen que formar parte de un mismo espacio. Los crímenes del Estado pertenecen a la esfera estatal. Los de cualquier grupo civil a la esfera de la civilidad, de la polis. Es como querer equiparar la cancha de Boca con la *Casa Piscitelli* de música clásica o como querer poner frente a frente –buscando una similitud compartida– al Batallón 601 con una peluquería de señoras o con una agencia de desfile de modelos. El Estado y la sociedad civil son dos cosas tan distintas (en sus poderes, deberes y obligaciones) que, si bien tienen sus canales de comunicación, no tienen la misma forma legal de constituirse y actuar.

Rucci –por su macartismo– pertenece y pertenecerá a la derecha. Y lo levantará Cecilia Pando –con esa elegancia con que se pasa un dedo por la garganta para anunciarle su degüello a Eduardo Luis Duhalde– o ese caballero de *justicia para todos* que amenazó a un periodista. Atención, escuchen cómo habla un tipo con sed de venganza, que espera la hora de volver a matar (usemos, sí, esta expresión): *volver a matar*. Le dijo:

–Ya vas a ver cuando se dé vuelta la tortilla. Acordate de mí.

“LO QUE EN ARGENTINA SE LLAMA LA ZURDA”

Rucci tiene quienes lo recuerdan y hasta quienes le escriben poemas. Claro está: gente de derecha y hasta de extrema derecha. ¿Quién estaría buscando blanquear los horrores del Proceso si no tuviera simpatías por esos centuriones? Por el contrario, mis simpatías por Firmenich y por los capos de la conducción que no pusieron el cuerpo, que se guardaron en México, que estuvieron a enorme distancia de Juan Julio Roqué, son nulas. Roqué (que es *Lino*, el montonero al que *Operación Traviata* le adjudica el asesinato de Rucci) era el número uno de la Conducción Nacional en el país cuando cayó peleando el 29 de mayo de 1977, y que había escrito (en caso de morir) una carta para sus hijos en la que decía: “Yo recuerdo exactamente cuándo empecé a convertirme en un revolucionario. Fue un día de invierno muy frío, en que un compañero de la escuela primaria se cayó casi congelado en la puerta del edificio donde estaban las aulas. Yo tendría 8 o 9 años. Vi que ese chico tenía sólo el guardapolvo escolar encima de una camisa rota. De pronto sentí una profunda vergüenza por mis ropas abrigadas, por mis zapatos y medias de lana. Sentí como si yo le hubiese quitado la ropa a ese chico” (Baschetti, *La memoria de los de abajo*, volumen II, ed. cit., p. 179). Este hombre, decía, no se exilió, no se rajó, se había hecho para pelear y estuvo en la suya hasta morir. Se había formado para ser lo que fue: un cuadro excepcional de la guerrilla urbana. Era un dotado para esa tarea. En Cuba, donde –como tantos– recibió instrucción militar, se reveló como tirador casi infalible, y tal vez debamos eliminar ese *casí*. No erraba nunca. A causa de esta extrema pericia se le atribuyen las muertes del general Juan Carlos Sánchez, en 1972, jefe del 2 Cuerpo de Ejército, temible torturador, y de José Ignacio Rucci. Lino no dejó de pelear hasta morir. Era su profesión, su destino y su fe más profunda. “Su hija María Inés Roque, exiliada y de larga estadía en México, dirigió en 1995 y estrenó en Buenos Aires en 2004 un documental donde recrea la vida de su padre, titulado *Papá Iván*” (Baschetti, *ob. cit.*, pp. 178/179). De los otros ya hablaremos con el tema de las contraofensivas. No crean que a mí me disgustaría una condena contra Firmenich. Pero jamás si la usan para absolver o blanquear a algún genocida. Además, las causas de Firmenich describieron. El juicio, la condena que lo alcanza es la de la mayoría de los militantes de los setenta que considera nefasta su tarea de conductor. Pero una cosa es Firmenich y otra es el Tigre Acosta o Massera, que asesinaron desde el estamento estatal y eso no tiene perdón. (Y que asesinaron y torturaron con una perversión y una crueldad a la que estuvieron muy lejos de llegar los guerrilleros de la Argentina. Que, entre otras cosas, no robaban nierró.) El Estado es la carnadura institucional de la Justicia. No puede violarla bajo ningún concepto. Cada vez –si el mundo quiere avanzar y conseguir que la vida humana se respete– habrá que ejercer mayor control sobre los

Estados, que son, además, los que arrojan a los pueblos a las guerras. O sea, deberán proliferar las organizaciones civiles de derechos humanos, de género, de raza, de defensa de la naturaleza. *Quítenle al capitalismo la posibilidad de expropiar a la naturaleza y lo debilitarán del único modo en que hoy es posible hacerlo*.

Volvemos a Rucci. ¿Quiénes (o quién) han cantado la póstuma gloria de este matazurdos, de este macartista ejemplar, de este hombre que dijo: “Si me pasa algo, que quede bien claro al movimiento obrero argentino que son los inmundos bolches y los trotskistas”? Esta frase, el día de su muerte, Canal 11 la repetía cada tres o cinco minutos, como si incitara a las bandas de derecha a salir a buscar venganza. *“Si me matan, los culpables serán los roñosos bolches”* (Citado por Osvaldo Soriano en *Artistas, locos y criminales*, tomo el dato de Germán Ferrarí, *Símbolos y fantasmas, ed. cit.*, p. 306). Bueno, ahora atención: el que quiera reirse, que se ría; el que quiera vomitar, que vomite; el que tenga miedo, que lo tenga; el que tenga bronca o furia, que no se las niegue.

Creo que corría el mes de enero de 2001. Llega a mi casa un sobre, lo abro y me encuentro con un libro que tiene una dedicatoria: *¡Gloria a los vencedores de la Subversión! ¡Viva el*

patría por cabezas rapadas y cruces gamadas. De Argentina y del resto de España y Latinoamérica. Por ejemplo, una web de jóvenes peruanos nacionalsocialistas calificó a su autor como ‘el más grande poeta nacionalista de la América hispana del siglo XX’. El autor es argentino. Su nombre: Gabriel Ruiz de los Llanos (65), poeta del semanario *El Caudillo*, escritor citado por nazis confesos y por derechistas seguidores de (Cecilia) Pando y, además, un musulmán divulgador del Corán” (Raúl Arcomano, *Miradas al Sur*, 21/6/2009). No se trata de Hugo Wast. Ni de Ignacio B. Anzoátegui. No es un tipo del viejo pasado al que la democracia borró definitivamente. No, el reportaje es de hace unos meses nomás y el tipo está vigente en montones de sitios de la cloaca-Internet. (Nota: ¿Cómo ha proliferado la basura con esta permisividad anónima e impune que permite Internet! Es asombroso. Que tiene cosas buenas, las tiene. Pero todo el rencor, el odio y la mediocridad del mundo han hallado cobijo a su sombra. Ya que estamos, voy a precisar una frase que dije y se transformó en un símbolo. Tanto, que un tipo tan piola como Orlando Barone la puso de acápite cuando abrió su blog. En un pequeño reportaje dije: “No hay boludo que no tenga un blog en Internet”. Lo sostengo. Pero otra cosa habría sido decir: “Todos los que tie-



24 de marzo! ¡Viva la patria! Afectuosamente, Gabriel Ruiz de los Llanos. Leo el inicio del capítulo 1: “Decir que era una rata es una verdad a medias. Porque haciéndole justicia a él no alcanza para hacerles también justicia a ellas. Habría que disculparse (...) Muger del alma, lucía como luciera a lo largo de su vida: ayuno de todo señorío. Ajeno a toda aristocracia (...) Rápido para destruir, aunque para construir tardo, allí iba sin ir el “Robi” Santucho, conocido también como: “El Bastardo” (Gabriel Ruiz de los Llanos, *Avanza el enemigo*, Buenos Aires, 2000, p. 17. No consigna editorial). Ruiz de los Llanos –basándose “en la siembra monstruosa de atrocidades” que cometiera Santucho– escribe una nueva versión del Apocalipsis. Que dice así: “Y fue la izquierda, el Marxismo, lo que en Argentina se llama la Zurda, la que diera lugar a que emergiera la bestia (...) Y su nombre, el nombre de la bestia, era un nombre blasfemo de toda patria. Su nombre era: Subversión” (Ruiz de los Llanos, *ob. cit.*, pp. 17/18). ¿Quién es este señor?

HITLER: “SI TE DICEN QUE HE MUERTO, DESCONFÍA”

El diario *Miradas al Sur* se ha tomado el trabajo de entrevistarlo. Ocurrió el 21 de junio de 2009. Don Gabriel es presentado como el poeta de la extrema derecha. El periodista que se ha tomado el poco agradable trabajo (y lo ha hecho muy bien) es Raúl Arcomano. Que hace saber a sus lectores que el señor De los Llanos no es un loco suelto, inofensivo. De ningún modo: sus trabajos “inundan sitios y blogs de innegable sim-

te.” “Pero vea, doctor, que se trata de una novela que, pese a que su autor es un hombre de izquierda, lo trata a su padre con un respeto ejemplar.” “¿Saque eso de aquí! ¿No quiero verlo! ¿No quiero ni que esté en mi casa!”

Pero la gran joya del pensamiento de Ruiz de los Llanos es un libro de escasas 131 páginas que lleva por título: *Si te dicen que he muerto, desconfía*. En la tapa hay tres imágenes de...

Adolf Hitler. Son varios poemas. Vamos a citar algunos pasaje de apenas dos. Uno, dedicado a Hitler. El otro, a José Ignacio Rucci. El de Hitler empieza así:

“Hijo
De la necesidad de ser de un pueblo antiguo
Y pobre (...)
Tomó la suerte de Alemania como suya,
Haciéndola posible”.
Continúa:
“Los marxistas
Y los
tratantes de patrias, los judíos, te recuerdan”
Sigue:
“Hay furor de Führer
(...) Evócate de pie
Todo saludo,
A aquella gente que volvías loca,
Te pienso tanto cierto
como duro,
marchando por la vida
al paso de la oca”
(Ruiz de los Llanos, *Si te dicen que he muerto, desconfía*, 1974/1975, pp. 98/99)

El libro se halla antecedido por una frase del propio De los Llanos que merece una adecuada interpretación: “*Vivimos en un tiempo en el cual, es mucho más sensato confiar antes en la policía que en la Justicia*”. Remarquemos: este libro es de 1974/1975. Ruiz de los Llanos era el poeta de *El Caudillo*. Sus poemas preludiaban la muerte de los señalados en las listas de Felipe Romeo, cuyo cadáver todavía está en la morgue judicial. *Nadie quiere hacerse cargo de él*. (Salvo que algún facho valiente se haya animado a retirarlo.) ¿Qué triste destino de fiambre solitario, Romeo! ¿Y cómo es eso que te moriste de sida, vos, un “mata putos”, un “súper macho”, un tipo que “las tenía bien puestas”? ¿Te contagió una mina o un compañero facho que te mimaba en tu horrible soledad de asesino abandonado por todos los que te sostenían? ¿Dónde están Lopecito y Lorenzo y Jorge Conti y Almirón? ¿Te dejaron solo? ¿Nadie tiene la piedad de ir a buscarte a la morgue y meterte en la tierra buscando algún cura (por ahí uno de los que consolaban a los que volvían de los vuelos de la muerte) que diga un Ave María por vos? ¿Ni familia tenés? ¿Ni una madre? ¿Todos se avergüenzan de vos? Bueno, mirá: tienen razón. ¿Qué símbolo, negrito! ¿Ves lo que eras? Un trapo de piso. Un asesino para trabajos sucios. ¿O creés que a Menéndez lo van a dejar morir así? ¿O a Videla? No, negrito: con grandes honras marcharán adonde tantos ellos mandaron. Los despedirá todo el gran país fachista enemigo de esa peste que denuncia De los Llanos: *la zurda*.

Después de una desvaída *Introducción*, el primer poema que mete De los Llanos en su libro es el que le dedica a Rucci. Aquí está:

“Vamos, José!, no se quede, que Ud. está
Invitado a los festejos.
Vamos!, a ver si justo ahora
Cuando todo está listo
Usted falla.
Me dijeron, que no iba a venir,
Que los comunistas
Lo habían encontrado por la calle
Y después.
Ud. No puede hacernos esto
Vamos José!
Nosotros que lo vivimos en los diarios
Y en la calle
Mandando
A los traidores onde deben.
Nosotros, que a Ud., lo conocemos
Desde un tiempo difícil donde pocos
Sacaban la cara y la ponían
Armada de palabras, en contra de los rojos.
Vamos, José!
Yo sé que se ha caído
Pero viene.
Yo sé que se sangra
Pero vuelve.
Ahora
En el preciso momento de pasar revista
Reviente quien reviente
Ud., que quiso
Un mandato peronista
En tantas bocas, cuando digan
JOSE IGNACIO!

Los compañeros gritarán
PRESENTE!

El poema lleva por título *En memoria de José Ignacio Rucci*.

¿Por qué me habrá dedicado con un *afectuosamente* su libro Gabriel Ruiz de los Llanos? ¿Realmente me tendrá afecto?

LA BATALLA DE CHILE

Ni que se haya convertido en la fecha de la caída de las Torres Gemelas evitará que –para nosotros, para los hombres y mujeres de América latina– el 11 de septiembre sea la fecha del golpe de Estado más detestable de los tantos que padecimos. Se trataba de un gobierno elegido democráticamente. Se trataba de un país con un Ejército que –a diferencia de los de nuestro continente– había sido guardián del orden constitucional. Se trataba de un presidente que era un hombre noble, con ideas e ideales, un hombre honesto y un hombre valiente. Había tenido un gran apoyo de las masas obreras. Y una queja constante, un repudio sin tregua, del MIR, el principal grupo armado de Chile. Finalmente, todos los sectores de la sociedad –menos los obreros– se unificaron para voltearlo: el Ejército, los medios de comunicación, los gremios, las clases altas, las clases medias y –con un empeño criminal, furibundo– los Estados Unidos de Nixon y Kissinger. Las clases medias inauguraron la modalidad de salir a la calle con caceraslos y atronar el país pidiendo la renuncia de Allende.

Lo de Chile debió bastar. Pero todo –entre nuestras organizaciones armadas– les fortalecía las convicciones. El asesinato de Rucci envanlentoó a los fierros: ahí estaba la prueba, se podía amasiar nada menos que al jefe de la CGT y nada. Una operación perfecta. Y Perón se la tuvo que comer. La política de superficie retrocedía. Dije: *lo de Chile debió bastar*. Si Allende había caído con la actividad febril, desvergonzada de la CIA, si Perón se había mostrado tan obsecuente con los golpistas, aceptándolos, maltratando a los refugiados que habían conseguido cruzar la Cordillera, eso indicaba que seguía siendo un militar anticomunista, como todos. Y que lo del socialismo nacional había sido una patraña para atrapar a los jóvenes en la etapa del enfrentamiento a Lanusse. *Nunca olvidemos esto*:

Perón, al día siguiente de Ezeiza, en lugar de actuar con la cautela de un estadista, de un conductor que debe manejar a todas sus fuerzas y equilibrarlas con su autoridad, *no ordenó la más mínima investigación sobre el hecho*. Avaló todas las acciones de los mercenarios del palco. No necesitaba una investigación: *ya trata de Madrid la política que iba a aplicar*. El discurso del 21 de junio no puede haber surgido de un día para otro. Perón y los suyos –todo el entorno de la derecha que, lejos de cercarlo, él conducía– venían a parar la mano. A frenar a la Tendencia, a apartarla, dejarla de lado. De aquí la rapidez con que les echa la culpa sin tener pruebas de nada. La decisión era previa. No necesitaba pruebas. Les arrojó toda la responsabilidad a los jóvenes. Fortaleció a los viejos. Exigió volver a las 20 verdades peronistas. A Osínde lo puso de secretario de Deportes (¿). Y López Rega quedó políticamente blanqueado por las palabras del líder. Nada: ni una investigación. Los culpables: los infiltrados. Ahí –los grupos de derecha– advirtieron el margen de violencia que el líder les otorgaba. Podían hacer lo que quisieran. Se acabó el trabajo territorial. La gente –la mayoría que había ido a Ezeiza, por ejemplo– no fue nunca más a una movilización popular. Era jugarse la vida. Como dice Verbitsky en *Ezeiza*, durante esos días Rucci inaugura un polígono de tiro en la CGT. Es la juventud peronista la que sale derrotada con la remisión del trabajo militante de la territorialidad. Los fachos no movilizaban nada, no hacían trabajo de base. La Jotapé, sí. La violencia anula el trabajo de base.

Pero lo de Chile lo menos que podía producir –como elemental gesto de sensatez– era poner las barbas en remojo, retraerse. Salvo un detalle: era imposible. La izquierda armada –peronista o no– no veía en la muerte de los suyos una derrota, sino una victoria. Guevara no se había equivocado con la teoría del foco en Bolivia. Por definición: el Che no podía equivocarse. El Che siempre había sido infalible y heroico, ¿Cómo atreverse a hablar de una equivocación, *cómo atreverse a criticarlo?* (Esto todavía tiene más vigencia hoy, ya que se lo ha transformado en un semidiós intocable.) La izquierda transformaba a todo muerto propio, no en un derrotado, sino en un mártir. Al hacerlo, no había derrotas. Sólo ejemplos a seguir. ¿Guevara murió en Bolivia? Su ejemplo nos muestra hasta dónde debemos llegar nosotros: hasta el fin, hasta entregar la vida. También esa foto que –lo juro– a mí me parte el corazón, porque es un civil, porque es un tipo que no abandona el barco, porque no es como Perón ni aun como Don Juan Manuel que partió de Caseros a la *farm* en Southampton, sino que se quedó, don Salvador Allende se quedó, puso el pecho. Y esa foto en que sale de La Moneda, rodeado de unos pocos, con la metrallera, el casco y mirando hacia un costado, buscando al enemigo, tuvo el poder de la de Guevara en el piletón de Vallegrande. ¿Cómo no lo iba a tener? Pero eran sus últimos minutos de vida. Lo derrotaron. Lo asesinaron. Otra vez todos alaban y festejan a un mártir. No se ganan las guerras con mártires. No se ganan las guerras con guerrilleros crísticos, devastados por el asma, denunciados por los campesinos, bebiéndose sus orines

porque ni agua tienen. Sí, esa entrega conmueve. Pero los que ganan son los otros. Y ganan porque la estrategia de guerra con que se los enfrentó fue equivocada. O, al menos, habría que revisarla a fondo. En lugar de ver en la derrota de Allende el toque de atención para frenar la mano. Lo que ven es que Guevara tenía razón: el camino es la lucha armada, no la democracia, no la vía pacífica. Salen libros con títulos que lo dicen todo: *Allende, la vía pacífica al desastre*.

LAS CONSIGNAS SOBRE CHILE

No quiero decir que estábamos locos. Pero si quieren puedo mencionar un acto totalmente pelotudo de mi parte. Apenas cae Allende, la Jotapé apela a su arma favorita: la movilización. Salgamos a la calle a decirle a Allende que estamos con él. Yo voy a dar mi clase. Era ya en la calle Córdoba. Daba Historia del Pensamiento Latinoamericano. Se me acercan dos pendejos: —Compañero, vamos a levantar las clases. Tenemos que movilizar al estudiantado en defensa de Chile.

—Perfecto. ¿Qué hay que hacer?

—No, vos nada. Sos el profesor. No queremos comprometerte. Entramos en la clase y nosotros nos encargamos de levantarla.

—De ningún modo, la clase la levanto yo. Soy un profesor de la JUP.

—Es para que no des la cara.

—No jodas. Ya la di hace rato la cara.

Los despedí y fui hacia el aula. Les hablé media hora del proceso chileno. De la vía democrática al socialismo. De Salvador Allende. Y los invité a salir a la calle y unirse a las columnas de la Jotapé.

¿Qué creía que estaba haciendo? No sé, acaso salvando al buenazo de don Salvador. Conduciendo a los jóvenes a expresarse a favor de una causa justa. Cuando salí, las columnas de la Jotapé eran enormes y las consignas que se cantaban, penosas. Patéticas. No servían ni servirían para una mierda. Pero ahí íbamos todos. Yo, un pelotudo de treinta años. Guapeando frente a dos pendejos que estarían cursando a lo sumo alguna introductoria. “Ya di la cara hace rato.” ¿En serio crees que diste la cara? ¿Cómo quién, como Felipe Vallese o Tosco o Walsh o Ortega Peña, antes quienes, definitivamente, el pendejo eras vos y te faltaba mucho todavía para decir algo que ellos sí tenían el derecho ganado a decir? Debiste haberte metido esa frase ya sabés dónde y no haberla dicho, huevón. Debí haberme ido a mi casa y ponerme a llorar. Porque yo sí hubiera podido llorar por Allende, no como el desdichado personaje de Alan Pauls en *Historia del llanto* (buena novela). Pero ahí estaba: el pelotudo de José entre toda la pendejada de la Tendencia ejercitando una vez más la estéril maratón de los barrios. Y fueron muchos los que dijeron esto:

—Pero, ¿qué somos? ¿Maratonistas?

Las consignas eran:

HERMANO CHILENO/ NO BAJES LA BANDERA/

QUE AQUÍ ESTAMOS DISPUESTOS A CRUZAR LA CORDILLERA

¿Se imaginan el desastre que esto hubiera sido en caso de no ser absolutamente imposible? Ninguno de los que estaban ahí podía cruzar la cordillera. Y, en caso de que este milagro tuviera lugar, los aviones de Pinochet los harían papilla a bombazos. Pero si algo sobró fueron las consignas. Algunas —incluso— fueron ingeniosas. Todas decían lo suyo. Ninguna era irrelevante. No había una que no mereciera ser estudiada. De modo que vamos a seguir tamándolas en cuenta. Seguimos el notable trabajo de compilación de César Tcach en *La política en consignas, Memoria de los setenta*, ed. cit. Si bien muchos de los que vivimos esa época de trueno las conocíamos, ¡alguien tenía que compilarlas! Y los lectores de hoy —lo he comprobado— quedan atónitos. ¿Qué Mayo Francés ni Mayo Francés? Tomemos cualquiera de los francesitos. Una verdaderamente linda: *Debajo de los adoquines está la playa*. ¿La van a comparar con Rucci, carajo, contame cómo crecen rabanitos desde abajo? Que es macabra, sí: eso pretende. Festejar la muerte de un tipo que jugaba en otro bando. Pero lo macabro está expresado con ingenio, con humor. Con humor negro, negrísimo. Como

algunas de las otras que se vocearon a raíz de la hecatombe de Chile:

Atención/ atención/ atención/ atención

Toda la cordillera va a servir de paredón

Como vemos, el paredón cubano —al que busca olvidarse— estaba muy presente en la militancia juvenil. El Che en la fortaleza de La Cabaña. Los juicios sumarios de los Tribunales Revolucionarios asumidos por combatientes jóvenes, jacobinos implacables. Al frente de ellos, el más implacable de todos los implacables: Ernesto Guevara Lynch, el Che. Se pedía la cordillera de Los Andes de paredón. Era una desmesura. Era la exaltación del fusilamiento en masa. Era algo imposible (y lo sabían los militantes), de aquí que la consigna tenga más un tono de elaboración exageración que de sensata realidad. Como suele ocurrir, los que usaron la cordillera de paredón fueron los otros. Los pinochetistas ayudados por los yanquis. Lo veremos mejor: pero el papel de Estados Unidos en el golpe de Chile fue desvergonzado.

Allende/ Allende/ el pueblo te defiende

Guevara/ Guevara/ el pueblo se prepara

Esta no valía gran cosa. ¿Cómo cantar en las calles de Buenos Aires algo que ya ni en Chile se cantaba? ¿De qué servía defender a Allende si ya estaba muerto y derrotado? *Guevara, el pueblo se prepara*. Los fachos sanguinarios ya habían hecho su tarea en Chile y la venían haciendo en la Argentina, ¿y recién se le decía al Che que el pueblo se estaba preparando?

Fuera de Chile/ Fuera de Argentina

Fuera los yanquis de América Latina

Esta era una petición. Que se vayan. Pero de nada servía pedirles que se fueran. No se iban a ir a menos que los echaran. Y el poder de fuego de los que querían echarlos y el de los que querían quedarse era incomparablemente dispar. Los que querían quedarse eran un Imperio. Los que querían echarlos, un grupo juvenil con una vanguardia armada que no tenía ni respaldo de su Gobierno ni respaldo popular.

Una de tonalidades anales:

Yo tengo fe que Chile va a ganar!

Yo tengo fe que Chile va a ganar!

Y que va a romperle el culo a la Junta militar

Ante todo, tiene un error en el ritmo. Debió ser: *Y va a romperle el culo a la Junta Militar*.

Con rima, con ritmo, con lo que fuere y, sobre todo, sin consignas ingeniosas, ocurrió exactamente lo contrario: la Junta Militar le rompió el culo a Chile. Para desgracia de Chile y de la condición humana en general. Fue un desmadre del horror.

La próxima consigna ya no tiene esperanza alguna. Ya revela la derrota. Trata de que sea digna.

Allende, Allende/ no se suicidó

Lo mataron los yanquis/ la puta que lo parió

Era una consigna justa. Los yanquis y Pinochet buscaron imponer una mentira: el suicidio de Allende. Vean, si a un tipo que resiste hasta el fin se le vienen cuatro soldados con metralletas para liquidarlo y ese tipo se vuela la tapa de los sesos, eso no es un suicidio. Es arrancarles a los carniceros la posibilidad de humillarlo. *No me van a tener, hijos de puta. No me van a tener vivo. No van a jugar conmigo. No me van a colgar cabeza abajo. No me van a seccionar la lengua ni los testículos para tirárselos a los perros. No me van a exhibir en la Plaza Pública como un trofeo ante las conchetas oligarcas de los caceros de los últimos días. Siempre lo dije: si viene la escoria derechista, oligarca, antipopular y asesina, de aquí, de La Moneda, me sacan con los pies para adelante*. Y así fue.

SALUD, DON SALVADOR ALLENDE

Perón empezó a hacer declaraciones. A la prensa italiana primero. Dijo el líder del socialismo nacional devenido líder de la etapa dogmática y del anticomunismo beligerante: “Lo sucedido en Chile demuestra que Allende cayó víctima de su sectarismo, de su política tendiente al exceso (...) O los guerrilleros dejan de perturbar la vida del país o los obligaremos a hacerlo con los medios de que disponemos, los cuales, créame, no son pocos (...) La guerrilla molesta, daña la vida política y económica del país. Pero no tendrá éxito: si la guerrilla insiste, sucederá lo que

en Santiago, donde la responsabilidad no fue de los militares sino de los guerrilleros” (*La Razón*, Edición 5ta., 25 de septiembre de 1973 —el exacto día del asesinato de Rucci—, página 1. Citado por el muy documentado libro de Germán Ferrari, *Símbolos y fantasmas, Las víctimas de la guerrilla: de la amnistía a la “justicia para todos”*, p. 322).

El líder justicialista fue el primer presidente constitucional de América latina que se encontró con Pinochet en la base de Morón, la misma en que aterrizó en lugar de hacerlo en Ezeiza. El suyo fue el primer gobierno que reconoció a la tiranía sanguinaria de Chile, antes que Estados Unidos. Días antes del golpe, militares chilenos se entrevistaron con él, le informaron de su decisión de tirar a Allende y le preguntaron cuál sería su posición. Perón aceptó. Los refugiados argentinos que se asilaron en la Embajada en Chile y los que llegaron a nuestro país sufrieron un trato degradante; eran delincuentes, sin más.

En su último mensaje, don Salvador Allende dijo a su pueblo y a todos los pueblos de América: *¡Trabajadores de mi Patria! Tengo fe en Chile y en su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, se abrirán de nuevo las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor. ¡Viva Chile! , ¡Viva el pueblo! , ¡Vivan los trabajadores!*

La historia es nuestra y la hacen los pueblos.

Estas son mis últimas palabras y tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano, tengo la certeza de que por lo menos será una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición.

El criminal de guerra Richard Nixon y su secretario de Estado, Henry Kissinger, peor criminal de guerra aún, odiaban a Allende con una pasión enfermiza. En octubre de 1970, Nixon dijo sobre él palabras injuriosas: *“That son of a bitch, that bastard”*.

Pero esa imagen de este hombre sereno —aunque capaz de encarnar la fuerza de un tornado—, que lo único que nos dejó, como pertenencia, fue el pedazo ensangrentado de uno de los vidrios de su antejo, este hombre maduro, con canas, que sale de La Moneda con casco de guerra y matrallera, para morir peleando, tal vez insensatamente, pero como él lo sentía, es, para mí, el símbolo más puro de la rebeldía, porque trató de cambiar el mundo por los caminos de la democracia y de la paz, y porque no pudo, porque los asesinos del poder internacional no lo dejaron, agarró una metrallera, se puso un casco de guerra y decidió (como esos bravos, legendarios marinos con sus barcos) hundirse con su causa. ¡Ah, don Salvador Allende, ojalá hubiera yo tenido alguna vez en mi patria un líder como usted! Simple, duro, pero sensible, amigo y compañero de la gente de su pueblo, sin sinuosidades, con una sola palabra, la misma de siempre, la que marcó la coherencia de sus días, y, por si fuera poco, con esos cojones, don Salvador, que le hicieran decir: *De aquí no me voy, que sigan otros, no van a faltar, y van a llevarme en sus corazones como a un hombre puro, como a un guerrero y como a un demócrata que les va a henchir el pecho de orgullo y de exigencias perentorias, porque, de ahora en más, todo chileno que sepa que tiene detrás la figura de don Salvador Allende, sabe que no se viene a la vida a jugar, a gozar de las liviandades y las tentaciones, sino a meterle el alma y el cuerpo a las causas duras, las de la injusticia, las del hambre, las de la tortura y la muerte. Es mi legado*.

Lo es. De esta forma, entonces, con voz serena, sosegada, sin un mero matiz que nos acerque a la estridencia, menos aún a la solemnidad, con la sencillez con que se despide a un amigo al que se ha querido mucho, aceptando la muerte, pero sin hacer de ella la clamorosa culminación de nada, sólo un hecho más de la vida, digámosle a este hombre civil y honesto, que pasó por este mundo sin defraudarnos, ante todo que repose en paz, y, luego, honrándolo como creemos es necesario hacerlo, simplemente: *Salud, don Salvador Allende. Salud y gracias*.

Colaboración especial:

Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

La violencia ocupa el centro de la escena

IV Domingo 17 de enero de 2010